

Sonia Tercero Ramiro

Master en dirección de Empresas de Televisión y licenciada en Ciencias de la información. Ha sido responsable de la dirección del Ateneo de Casa de América y directora de comunicación del área de Ocio y Entretenimiento del grupo PRISA. Ha trabajado como productora de documentales y ha coordinado la producción de documentales como 'El cine en las venas: las Medallas de la Academia' (2005), 'Airbus' (2005), dirigido por Martín Scorsese y 'Fotografía Española' (2005). 'El Secreto de Educar', documental sobre la experiencia pedagógica de las fundadoras del Colegio Estudio y 'La Escuela Olvidada', documental sobre la experiencia pedagógica del "Instituto Escuela" son sus últimos trabajos. Es antigua Alumna del Colegio Estudio

Cuadernos, ficheros, colores y orden

A raíz de las investigaciones realizadas en mis últimos trabajos sobre el ensayo pedagógico del Instituto-Escuela (*La escuela olvidada*, 2010), he intentado desentrañar y recordar ejemplos documentales pedagógicos de mi propia educación en una institución heredera de aquel sistema educativo: el Colegio Estudio. Escribir estas páginas me trae miles de recuerdos a la cabeza de cómo nos introdujeron la disciplina y el orden desde niños. Curiosamente lo que yo hice de niña en los años setenta en mi colegio, lo hicieron mucho antes otros niños y niñas en el Instituto-Escuela a partir de 1918.

Cada día al empezar las clases, con la primera asignatura era un nuevo día y siempre el mismo ritual en el que se avanzaba curso a curso. Seguíamos las indicaciones de la "señorita" al pie de la letra: "A ver niños. Sacad la carpeta de clase. Hoja blanca".

Arriba en el margen izquierdo de la cuartilla había que poner la fecha. En el centro, la clase en números romanos seguido de la letra A, B, C o D, correspondiente a cada grupo del curso. Abajo, en el margen izquierdo, también el nombre y apellido.

El tipo de hoja marcaba el destino donde iban a estar guardados nuestros trabajos. Las cuartillas blancas para portadas, las cuartillas ralladas para la clase de lengua, las cuadrículadas para matemáticas. Todas perforadas sumarían lo que a final de curso serían tres grandes cuadernos unidos con lana hilada por los alumnos en clase.

Las cuartillas de los trabajos que no estaban acabados o que todavía no estaban corregidos se guardaban, en los primeros años, en dos carpetas de clase que servían también para apoyar, una marrón y otra de color azul. Cuando ya estaban corregidos pasaban a la carpeta clasificadora y más tarde a su destino definitivo, los cuadernos de cada materia.

Cada cuaderno tenía en su portada un dibujo que ilustraba el tema del que iba a tratar la materia, al principio con las estaciones del año. Según íbamos siendo mayores hacíamos una portada cada trimestre o cada mes. La calidad de las ilustraciones puntuaba en la nota de cada asignatura. Esta labor llevaba horas dentro del estudio adicional de las tardes en casa.

Las fichas, simples o dobles, seguían el mismo ritual identificativo de fecha, clase y nombre. Las fichas dobles, blancas o cuadrículadas, serían el índice de cada asignatura, cuyo destino final serían los ficheros de cartulina azul con gomas.

Cada asignatura tendría su fichero propio: lengua, historia, matemáticas o geografía. Estos ficheros serían la base de datos que curso a curso se iba complementando con más contenido, con el objeto de que al terminar nuestra escolarización sirvieran de consulta.

Los índices de cada fichero llevaban un título general. Se ordenaban los contenidos de los grandes bloques con numeración y los subcontenidos con las letras a, b, c, d, etcétera, minúsculas. A veces destinábamos una o dos clases íntegras al principio del curso, en las que nos dictaban detalladamente el índice de cada fichero. Eran la clave fundamental para poder organizar los contenidos. Cualquier despiste hacía que el contenido no fuera coherente. Los ficheros se corregían también varias veces a lo largo del año.

Otro elemento fundamental de los ficheros eran los mapas. Calcábamos en papel vegetal los límites de los continentes. Los rellenábamos con colores. Hacíamos mapas históricos, geográficos, físicos y políticos. Empezábamos con una imagen general del mundo y luego íbamos concretando países, regiones, ciudades, etcétera, todo a mano y con colores. Un mundo estructurado partiendo de lo global hacia lo local, diríamos ahora (Think

global, act local). El nivel de ilustración también puntuaba para las notas.

Años más tarde, cuando mi generación por fin incorporó el ordenador a su vida laboral, me di cuenta de la importancia de los ficheros. Seguían exactamente el mismo procedimiento lógico de clasificación que nos empezaba a proporcionar la nueva técnica informática. Nuestra clasificación, más cercana a Mac que a Microsoft, se fundaba en las mismas bases, carpetas, subcarpetas, índices... y colores. Todo ello fundamental para organizar nuestro propio orden y universo.

Los títulos se subrayaban en rojo con dos rayas y las frases fundamentales de cada epígrafe se subrayaban con una línea. Se marcaba en negrita con bolígrafo azul los nombres importantes, capitales, etcétera.

Tengo una imagen clara de “las regletas” de colores, con las que nos enseñaron a contar. La regleta del número uno era negra, para el dos era roja, el tres era verde, el cuatro era rosa, el cinco era amarillo, etcétera, e iban sumando proporcionalmente un tamaño cada vez mayor, con otros colores hasta llegar al diez. La “regletas” de verdad, en cuatro dimensiones, se representaban en las hojas cuadrículadas en los colores correspondientes, en dos planos, que poco a poco serían sustituidas por fracciones, fórmulas y ecuaciones.

Aprendimos a escribir primero en lápiz negro, luego con pluma de tinta y después nos permitirían utilizar bolígrafos. El azul era siempre para redactar los apuntes y el rojo para destacar contenidos. El verde era utilizado única y exclusivamente por la profesora para corregir. Cualquier marca en verde era un comentario, una expectación, un resultado de cualquier trabajo o examen. En aquella época recuerdo que la mayoría de docentes eran mujeres con la excepción del señor Sos, que impartía ciencias; José Luis Baulúz, que impartía matemáticas; el fantástico señor Mora, que nos daba clase de trabajos manuales, y el excepcional Paco Hernández, una institución en el colegio, que impartía clase de gimnasia.

Recordar la escritura en lápiz con una marcada caligrafía clásica y redondita, me trae al pensamiento la importancia de los “borradores”. Había que escribir siempre y hacer unas pruebas previas en borrador para buscar la forma o la fórmula adecuada que sintetizara el pensamiento, para más tarde ponerlo todo bonito.

Los trabajos resultantes de las excursiones contaban como nota para los ficheros. Estaban perfectamente datados, con fotos, información de la geografía,

flora y fauna, mapas de las ciudades, ríos, montañas, sedimentaciones, estratos y por supuesto el itinerario que habíamos seguido. Mapas históricos sobre la cultura del lugar, fotografías, muestras disecadas de plantas... dibujos. A veces leíamos obras literarias de autores que habían inspirado su escritura en aquellos lugares. Este era el elemento mágico. Visitar años o siglos más tarde exactamente el mismo lugar que había visitado un autor, que estábamos estudiando o del que nos estaban leyendo un texto lleno de sensaciones y sentimientos.

Este ritual de los trabajos en grupo lo hicimos muchas veces. Nos asignábamos las funciones, nos reuníamos para organizar el procedimiento, el espacio que se iba a destinar a cada contenido y posteriormente lo incorporábamos a cartulinas de colores con una exposición oral complementaria. Después pasaban a formar parte de una exposición mural en los pasillos, para que todos los alumnos de la sección pudieran verla. Nos llenaba de orgullo.

Estos trabajos nos hacían desembarcar en nuestros destinos como auténticos investigadores. Recorriamos los sitios recogiendo muestras, nos obligaba a hablar con los habitantes de cada lugar para conocer su historia, el número de habitantes, migraciones, guerras y reinos ocultos.

Una de aquellas experiencias, de las que todavía me acuerdo, fue la excursión a Patones de Arriba con nuestra joven profesora Elena Gallego, de la que no nos debía separar ni diez años de edad, la investigadora de nuestra curiosidad y de nuestro instinto investigador, por lo menos del mío. Creo que además le debo agradecer que, al reencontrarnos años más tarde, me siguiera transmitiendo la misma seguridad, cercanía y ánimo para realizar los documentales que investigarían el origen de nuestro sistema pedagógico.

Estos eran nuestros libros, generábamos trabajos, dibujos, ficheros, documentos y más documentos, que ahora serían arqueología pura, pero nuestro contacto real con los libros era la biblioteca, lugar de lectura y debate en los “libro fórum”, y más tarde el lugar donde continuábamos nuestras investigaciones. Buscábamos bibliografía complementaria para nuestros trabajos, para documentarnos, y ahí era donde nos enfrentábamos a los verdaderos ficheros.

Lo primero que hacía “la señorita” encargada de la biblioteca era enseñarnos a descifrar las fichas en donde estaban clasificados los fondos de la biblioteca: el título, el autor, la editorial, el contenido, el género, la signatura, las fichas de préstamo.



Creo recordar que teníamos que leer un libro al mes, como poco, y en el resumen había que reproducir el mismo orden de datos: título, autor, editorial, colección, el dibujante o si tenía ilustraciones. Todo un universo de datos, idéntico al que nos podíamos encontrar en una biblioteca pública o un archivo histórico.

Otra actividad muy importante que conjugaba el respeto por los documentos, por el formato en papel contenedor de textos impresos, fue el aprendizaje en la clase de trabajos manuales de la encuadernación. Aprendimos con el señor Mora a cortar el papel y las portadas, coser las hojas, forrar las cubiertas, a utilizar la prensa para finalmente tener nuestro libro. Un libro perfectamente encuadernado.

Además de la costumbre histórica del colegio de forrar al empezar cada curso los libros de lectura o de consulta, como el libro de inglés o el diccionario, otro elemento de uso cotidiano, al que nos remitíamos, no solo para saber cómo se escribían las palabras sino también para saber definir las.

Para no perder la costumbre de estudiar durante el verano, nos mandaban unas tareas, que había que hacer en un cuaderno apaisado de hojas cuadrículadas forrado con tapas de hule negro. Esta era una labor obligatoria junto con la lectura de varios libros y sus correspondientes resúmenes. Estas tareas también puntuaban, especialmente para los alumnos cuya evaluación a final de curso había sido dudosa.

Toda esta labor creo que nos imprimió una disciplina, un respeto y una paciencia insondables ante las avalanchas de datos, documentos e información con las que tendríamos que enfrentarnos en nuestra vida adulta. La clave era centrarse en los datos que servirían de llave para abrir el camino a los contenidos y ser capaces de sintetizar esos contenidos, clasificarlos en un orden y entender su significado.

Si ahora tuviera que ejemplificar con una imagen todo este proceso de información pondría como ejemplo un disco duro virgen al que se le van programando informáticamente los caminos para definir el orden de almacenamiento de la información que un cerebro puede almacenar a lo largo de toda una vida.

Hace dos años, al reencontrarme con mi promoción y compañeros de clase, hemos sacado muchas veces a colación el tema de los cuadernos de clase. Casi todo el mundo los guarda. Son auténticas montañas de cuadernos que fuimos aglutinando a lo largo de los años en donde está la base de nuestra educación. Hay casos, como el mío, que no los pude guardar, lo

que de mayor me ha hecho sentir un poco huérfana.

La base fundamental para la que servían todos estos cuadernos era para enseñarnos a gestionar nuestro propio conocimiento, servían de ejemplo físico y plástico de las cosas que aprendimos, eran la consecuencia de estar en contacto directo con la realidad, base de una formación no memorística, con un procedimiento comparativo científico y de la formación de personas capaces de ser auto suficientes e infinitamente creativas.

Todo este fundamento pedagógico lo he podido comprobar en mi edad adulta, una vez decidida a investigar el origen de esta pedagogía, movida por la necesidad de saber por qué yo misma hacía las cosas de una manera concreta, totalmente distinta a la de otras personas con las que he estado en contacto en mi vida laboral.

En los documentales *El secreto de educar* (2008) y *la Escuela olvidada* (2010) incidí en la historia de las fundadoras del Colegio "Estudio" y en su antecedente histórico, el Instituto-Escuela.

El motor de todo este orden, investigación y clasificación del saber eran los profesores, maestros apasionados que no tenían miedo al "saber" y al conocimiento, capaces de transmitir a los niños el entusiasmo por aprender, capaces, también, de cambiar el modelo educativo y el nivel cultural de un país.

Su método hacía que cualquier inquietud que un alumno pudiera mostrar en clase sirviera como elemento pedagógico dentro del aula y se pudiera incorporar al contenido de la asignatura que se estaba impartiendo en ese momento. La aportación de los alumnos era un dato, una información más, un valor que había que incorporar a la materia. Cuantas más aportaciones de los alumnos, más puntos de vista, más riqueza educativa.

Esto sólo lo podía provocar con un nivel de confianza y de proximidad al alumno que permitiera que los niños participaran activamente, para que perdieran el miedo a hablar en público, para que tuvieran seguridad, para que aprendieran a ser ellos mismos y provocar el respeto y participación de todos ellos en su aprendizaje.

Estos profesores entregados no contaban con ningún lujo, eran épocas austeras donde no se contaba con la tecnología y la sofisticación de los materiales actuales. Eran austeros, pero capaces de crear, con elementos básicos, los materiales pedagógicos con los que los niños podían participar y aprender eficazmente.

Durante la investigación de los documentales fui descubriendo poco a poco la

riqueza de contenido de la historia del Instituto-Escuela por la cantidad de documentación que habían generado, documentos que se han convertido en el testigo continuador de un proyecto inteligente, que nos han permitido estudiar con detalle su método.

Gracias a esa manera de enseñar, gracias a esos maestros, gracias también a que el soporte en papel era el único que existía en esa época, fui constatando la riqueza intelectual de aquel experimento pedagógico, del que el Colegio Estudio había sido heredero junto con otras instituciones.

Una ex alumna del Instituto-Escuela, M^a de los Ángeles Zuloaga, entrevistada en la *Escuela olvidada* comentó: “Nos daban un cuaderno, un lápiz, un diccionario y un *Quijote*”. Ángela Barnés comentaba: “Lo importante era aprenderse los apuntes que habíamos tomado en clase el día anterior y que al día siguiente se corregían”. Oriol Bohigas recordaba: “Nos hacían redactar un diario por la tarde en casa, que había que leer al día siguiente en clase”. Hacían redacciones, cuadernos de excursiones, prácticas en laboratorios, disecaban insectos y plantas, hacían un libro a final de curso que también encuadernaba y titulaba cada alumno: *Mi libro*.

También dibujaban, porque hay que recordar que apenas se disponían de cámaras fotográficas y aún menos de vídeo, en aquella época eran artículos de uso limitado y todavía no se había extendido su comercialización. Las fotos que incluían en los cuadernos de excursiones eran algunas postales, pero la mayoría eran dibujos.

Creo que este fue el gran salto. Este método pedagógico buscaba la visión directa de las cosas. Ante la falta de medios, libros de consulta en otros idiomas, escasez de diapositivas o de láminas en los laboratorios, lo que hacían era salir y coger muestras de minerales, insectos, plantas o semillas. Tenían un huerto en donde el señor Crespí les podía mostrar cómo crecían las plantas. Tenían que regarlas, cuidarlas, abonarlas y recogerlas. Todo esto quedaba registrado en cuadernos y combinaban la visión directa de las cosas con la educación en el medioambiente. Seguían las prácticas conservacionistas de la naturaleza que se habían promovido desde la Institución Libre de Enseñanza, llegadas de Inglaterra a finales del siglo XIX y principio del siglo XX.

La importancia del manejo y del uso de las manos en todos estos procesos intelectuales hacía que los alumnos aprendieran de manera práctica con más

seguridad. Antonio Molero, catedrático de Historia de la Educación, decía: “El sujeto se explicita al hacer. La fusión de los dos planos, el intelectual y el físico, uno como extensión del otro y viceversa, movían la inquietud de los institucionistas”.

Por eso toda esta educación práctica se complementaba con las manualidades que en aquella época llegaban más lejos todavía: clases de moldeado, imprenta, tejidos, encuadernación, teatro, baile, gimnasia, música, excursiones, visitas a museos o visitas a fábricas. El horario de clase era de ocho horas frente a las cuatro horas que tenían los alumnos del resto de centros de educación en los años veinte del siglo XX.

Pero también se hacía especial énfasis en la expresión oral. Había clase de lectura colectiva, había que leer las redacciones en voz alta, había que dar conferencias sobre los trabajos murales hechos en equipo, había que contar los problemas de convivencia al “profesor tutor” para intentar resolverlos en grupo. Había que tener una opinión propia sobre las cosas y ser capaces de escuchar al otro, saber debatir y respetarse. Para mí todos estos elementos representan los principios de una sociedad plural ensayados en clase.

Una educación holística basada en la práctica y en los valores. Aquel experimento no sucumbió a la guerra fratricida del año treinta y seis. Antes, durante los años de la II República, el Instituto-Escuela se había extendido a Barcelona, Valencia y Sevilla. Pero el franquismo persiguió a esa generación de educadores comprometidos a los que no se les reconocieron los títulos de maestro.

En Madrid, el Archivo Histórico del Colegio Estudio ha ido recogiendo a lo largo de los años la mejor colección de cuadernos del Instituto-Escuela. Lo más impactante para mí fue encontrar en Barcelona, en el Instituto Verdagur o en el Archivo de la Associació de Mestres Rosa Sensat, los mismos cuadernos, con los mismos formatos, ilustraciones, etcétera, hechos en los mismos cuadernos que yo había utilizado para hacer mis tareas de verano en Madrid años más tarde y los mismos que también me enseñaron en Madrid, en el Instituto Isabel la Católica, sede de Retiro del Instituto-Escuela.

Esta historia, que para mí fue un hallazgo, no habría sido posible sin la posterior conservación de todos esos documentos por instituciones, bibliotecarios, documentalistas y archiveros inteligentes, que han sabido apreciar el valor de todo aquello.

Los documentos han sido en este caso el cordón umbilical de una historia grande, apenas contada, que sigue viva. ▶

